

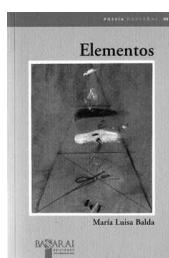
descubrir el secreto de René y Paloma, con las que rápidamente establece un estrecho vínculo de complicidad. Juntos, los tres reflexionan sobre el valor de la amistad, de las pequeñas cosas de cada día, de los detalles y René y Paloma se sienten por fin redimidas. Además, de la mano de Kakuro, René descubre un mundo de lujo y sofisticación, y las emociones de un amor maduro que puede de golpe situarla por encima, ahora en todos los sentidos, de los burgueses que no han sabido ver más allá de su disfraz de portera.

A esta altura de la novela, a Barbery se le han ido las cosas de las manos de tal forma que no sabe qué hacer ni con la historia ni con los personajes para que *La elegancia del erizo* no se convierta en una versión actualizada de *Cenicenta*. La muerte de René, atropellada por un coche al intentar proteger a un indigente antipático y poco agradecido, es una solución poco afortunada que refuerza la carga ideológica de la novela en detrimento de la creación literaria.

Llegados a este punto, la pregunta que inevitablemente deberíamos hacernos es cómo se explica entonces que *La elegancia del erizo* se haya convertido en un éxito de crítica y público. No tengo respuesta para lo primero. Pero sí creo tenerla para justificar el éxito popular. Además de que la novela está bien escrita y se lee con facilidad, Barbery consigue que, dejando a un lado cuestiones meramente estructurales que sólo interesan a los especialistas, el lector, efectivamente, se identifique con los personajes, se solidarice con la crítica a los ricos y poderosos y a través de la reivindicación y el triunfo de los grises experimente ese sentimiento catártico que tan

bien sabían manejar los griegos y los cuentacuentos de todos los tiempos y lugares.

María Luisa Lázaro



Título: Elementos
Autor: María Luisa Balda
Editorial: Bassarai
Lugar y año: Vitoria, 2008
Páginas: 78

LA VOZ AÚN MÁS SERENA

Releo *Elementos* al tiempo que cae en mis manos una deliciosa obra de Rainer María Rilke, quien a través de sus *Cartas a un joven poeta* aconsejaba a su discípulo de esta manera:

“Examine ese fundamento que usted llama escribir; ponga a prueba si extiende sus raíces hasta el lugar más profundo de su corazón... Excave en sí mismo en busca de una respuesta profunda... aproxímese a la naturaleza...”

Así es la poesía de María Luisa Balda, navega por mil y un recuerdos, y busca en la naturaleza los elementos que le permiten, tanto en la desazón como en el sosiego, *Tierra, Agua, Aire y Fuego*, encontrar profundas respuestas a su existir. En "Elementos de la desazón" recoge todas aquellas "palabras que

navegan sin fe/ por nuestra carne endurecida y buscan/ afanosas/ un lugar sin tormentas". Se introduce primero en la *Oscuridad* y se cura después en *Salmuera*; para tras la *Abrasión* sumergirse en la *Marea*; donde mascarará el polvo y comerá el *Aire* de los tubos de escape que se cuelan por la caja de su persiana hasta llegar a la inevitable *Ceguera*. Sólo entonces seguirá el camino que lleva "De la desesperación al olvido/ y del olvido a la añoranza/ que se quema con alcohol" para tras la *Destilación* ascender a la *Evaporación*, "Buenas noches amor/ Tu ya no vives Ni tampoco yo". Luego vendrá la *Vergüenza* y el *Temblor*, y una vez más el *Tiempo* alimentará la *Parálisis* que tratará de anotar fielmente en su *Agenda* para, en unos *Instantes*, buscar *Otros Elementos: Plomo, Hierro, Argón o Platino*, hasta encontrar los definitivos *Elementos del Sosiego*, donde "La tristeza como un jabón oloroso/ impregna el aire/ me empuja a respirar con más hondura". En esta segunda parte, María Luisa Balda buscará una vez más en la naturaleza —como aconsejara Rilke a aquel joven poeta en su primera carta de 1903— y retomará los mismos elementos: *Tierra, Agua, Aire y Fuego* para dibujar una nueva *Geografía*, la del sosiego. Es aquí donde una *Atmósfera*, más pura y limpia, le permitirá entrar en el *Desenfado* y la *Contrapereza*, *Señales* que anuncian una *Compañía* solitaria en medio de una *Marina* o de un *Paisaje* con *Manantial* y *Espuma*, para irrumpir con toda su fuerza en un *Tiempo* nuevo. La *Fugacidad* le conducirá hacia un *Futuro* que desembocará en renovadas *Emociones*, deudoras

siempre de la naturaleza, porque de ella obtendrá el acopio necesario de *Otros elementos: Radio, Titanio, Selenio*, hasta llegar a la *Esencia* de lo que somos: *“Un pequeño hueso de fruta verde/ comprime y mantiene erguido nuestro nombre/ Semilla de identidad y crecimiento// Núcleo Fundamento de esa materia/ que tiembla o se emociona con el tiempo/ y busca humedecerse con palabras”*.

La autora que ya se nos había desvelado como una de las voces líricas más prometedoras del panorama literario de esta ciudad, vuelve a ofrecernos ahora, poesía en estado puro, y con apenas unos pocos *Elementos*. De nuevo, en su segundo poemario, los sabios consejos de Rilke se cumplen en ella:

“...Intente decir lo que ve y lo que experimenta y ama y pierde... Sálvase de los temas generales y vuélvase a los que le ofrece su propia vida cotidiana: describa sus melancolías y deseos, los pensamientos fugaces y la fe en alguna belleza; descríbalos todo con sinceridad interior, tranquila, humilde, y use, para expresarlo, las cosas de su ambiente, las imágenes de sus sueños y los objetos de su recuerdo... Vuelva ahí su atención. Intente hacer emerger las sumergidas sensaciones de ese ancho pasado; su personalidad se consolidará, su soledad se ensanchará y se hará una estancia en penumbra, en que se oye pasar de largo, a lo lejos, el estrépito de los demás. Y si de ese giro hacia dentro, de esa sumersión en el mundo

propio, brotan versos, no se le ocurrirá a usted preguntar a nadie si son buenos versos...”

Sin duda, no necesitará confirmar María Luisa Balda la calidad de sus versos porque, a mi modesto entender, siguen al pie de la letra los “mandamientos” de este egregio maestro. La clave de su poesía es la sencillez, la observación hacia su interior, con un componente filosófico sobre el existir que amalgama a través de una serie de imágenes líricas, cuidadosamente elegidas, para ofrecernos —como es ya distintivo en su poesía— motivos de esperanza en el largo camino de los sentimientos. Cuando nos adentramos en *Elementos* reconocemos su voz, es la misma voz con la que se expresaba en *Catálogo de emociones*, pero esta vez, si cabe, aún más serena, de la mano de la naturaleza y de unos *Elementos* que le han permitido el resurgir necesario para seguir viviendo: “Limpiar de ceniza las ventanas del aire/ y agarrarme a la tierra/ para no ahogarme”. Es la confirmación de esa encomiable tarea que es aprender a vivir en soledad, con la serenidad como compañera, la que proporciona el discurrir del tiempo, el paso de la propia vida, siempre tan llena de emociones, recuerdos, nostalgias y deseos.

María Luisa Balda es una poeta excepcional, de una sola pieza, entera y verdadera, con voz y luz propia, “de primera fila”, como constatará sólo el lector avezado. Poeta y filósofa, psicóloga de profesión y una mujer sabia, comprometida con su tiempo y sus sentimientos.

Vive con intensidad cada emoción, cada susurro, cada ausencia y, nos ofrece, como sólo las brillantes ensayistas saben hacerlo, la reflexión intelectual y serena sobre el tiempo de reconstrucción personal, inherente a la propia vida y necesario también para tomar caminos nuevos, en cuyo recorrido impere la paz interior, ese estado de plenitud y sosiego que nos reconcilia con lo vivido.

María Pilar Salas Franco



Título: Lo que el aire mueve
Autor: Manuel Hidalgo
Editorial: Algaida
Lugar y año: Sevilla, 2008
Páginas: 271

NOVELA PARA UN DÍA DE VERANO

Las 271 páginas de *Lo que el aire mueve*, I Premio Logroño de Novela, no pueden resumirse en una frase, quizás tampoco en una reseña, pero aquí va mi intento.

Comencé este libro por recomendación, por curiosidad y por saber qué se esperaba de alguien que quisiera ganar tan codiciado premio. Sin embargo, el comienzo fue decepcionante. Una letra gruesa, casi infantil, que no alimentaba las expectativas